

Moloc, aquella terrible divinidad cananea, una de las formas de Baal, siempre sedienta de sangre fresca. Flaubert le dedica, en su novela *Salambó*, extensos párrafos: "comparados con Moloc el devorador, los hombres eran seres insignificantes. La vida y la carne misma de los hombres le pertenecían, de forma que los cartagineses, para salvarlas, tenían la costumbre de ofrecerle niños que eran quemados en su honor..." (*Salambó*, cap. XIII).

¿Qué importancia tiene esta mitología en el relato de Cano Gaviria?

Cano Gaviria "transcribe" ocho cartas que supuestamente la dama santafereña Carolina Tovar Merizalde le envió al gran novelista francés, y las seis cartas que recibió de respuesta, entre abril de 1858 y mayo de 1861, época en la que Flaubert escribía *Salambó*.

Carolina toma la iniciativa: conmovida por la lectura de *Madame Bovary*, se decide a escribirle al autor. Le confiesa su admiración, le invita a venir a Santafé, en donde "usted viviría cómodamente [...] o en la hacienda que en el Gran Cauca poseemos mi sobrino y yo" (pág. 151), y lo anima a crear una gran novela americana. Flaubert declina la invitación porque se ha propuesto describir la guerra terrible entre las huestes cartaginesas, comandadas por Amílcar, y los mercenarios bárbaros, cuyo jefe era Matho; hechos históricos sucedidos en el norte de África, alrededor del año 241 antes de Cristo. Y le solicita a Carolina información sobre la lepra y ciertas serpientes, información que espera utilizar en su novela. La bogotana le ayuda en sus pesquisas y pronto se da cuenta de que comparte con el francés una terrible inquietud: la guerra civil colombiana va corroyendo las entrañas de la nación; es una matanza tan indiscriminada e insulsa como la de los cartagineses y mercenarios. Las comparaciones se hacen más frecuentes. El diós también campea por tierras americanas. Entonces vienen otras referencias: Moloch es el mismo demonio de la espada del círculo octavo del infierno, al que Carolina, en sueños, desciende, como en la *Commedia*, guiada por Flaubert. Allí encuentra Carolina a

su sobrino, muerto en la refriega, quien demuestra la inutilidad del sacrificio: todos llevamos un Moloch por dentro. Finalmente, Flaubert describe la muerte horrible del leproso Hammon, otro de los jefes cartagineses; Carolina muere aquejada por esta misma enfermedad, y la guerra trae su violencia a las propias calles santafereñas.

En todos estos relatos, y en la novela *Prytaneum*, Cano Gaviria acentúa la cercanía espiritual de nuestra Atenas Suramericana con lo más auténtico europeo ("En Bogotá, ni siquiera tenemos un puente para tirarlos al Sena", (pág. 47) y muestra cómo, ya en el XIX, participábamos en el diálogo universal. Quizás este autor, interpretando nuestra historia, esté escribiendo algunas de las obras que faltaban en nuestra bibliografía finisecular decimonónica.

ALVARO PINEDA-BOTERO



## Subversión de la realidad

*El río del tiempo, IV: Años de indulgencia*  
Fernando Vallejo  
Planeta, Bogotá, 1989, 120 págs.

Mi primer contacto con la obra de Fernando Vallejo tuvo lugar cuando

un director de revista o periódico con pretensiones literarias me "sugirió" emprender un ataque, bajo mi firma, claro está, contra las costumbres depravadas del escritor antioqueño radicado en México. Como no encontré ni podía encontrar ninguna relación de causa a efecto entre la literatura y la vida íntima del personaje, me negué a hacerlo, con la previsible consecuencia de que aquellas páginas me fueran vedadas desde entonces para siempre. A ese azar venturoso debo grandes placeres. Azuzado por la curiosidad y por los consejos de buenos amigos lectores, tiempo después me enfrentaba con el que a mi parecer es el mejor libro colombiano de los años ochenta, y uno de los más conmovedores que jamás leí. Se trata, desde luego, de *Barba Jacob, el mensajero*. Tras el hallazgo de ese fascinante libro emprendí la persecución sistemática de una obra que con estos *Años de indulgencia* alcanza ya la tetralogía y que puede prolongarse hasta el infinito si al autor le place.

En esa serie de cuatro entregas que es *El río del tiempo*, más allá del evidente juego con la sentencia de Heráclito, se vislumbra una "Comedia Humana" vista, como diría Oscar Wilde, desde el otro lado del jardín, desde el rincón de lo prohibido, de lo pecaminoso y de lo inmoral.

Pero es preciso advertir que, aunque no eludan del todo ni uno ni otro género, no se trata en definitiva ni de novelas ni de una autobiografía por entregas. Vallejo mismo se explica: "Me inventé un nuevo género literario, la autohagiografía, o vida de santo mamada en sus fuentes últimas".

*El río del tiempo* es una obra rabiosa, desafiante, en el mejor estilo de un Jean Genet o de un Antonin Artaud. Vagabundo irreverente e iconoclasta, Vallejo busca adrede la condena moral. La crítica superficial simplemente se limitaría a desechar su obra por inmoral. Ya es casi un cliché más, un lugar común, querer enrolarse del lado de los malditos como Verlaine y Rimbaud o del mismo Barba Jacob, de quien el narrador ha venido a convertirse con el tiempo en un álgter ego. Es acaso otra manera de escabullirse y de entrar al cielo, y de una vez a las listas

de éxitos, por la puerta trasera. El desafío es enfático: "Violamos hasta la fuerza de gravedad y levitamos". Vallejo quiere mostrarse curtido en aquejarres, en misas negras, ducho en depravaciones sexuales, sin advertir que eso también pierde fuerza expresiva cuando se agota la riqueza de su contenido, sin que alcance a redimirlo el humor: "Todos los pecados los he cometido, mortales y veniales, y probado el gusto de todas las vilezas. De todas menos una, la burocracia". O bien: "A las once mil vírgenes las sodomizo y una a una, en fila india, las estupro".



El escándalo por el escándalo invita más bien a reflexionar acerca de un medio capaz de producir tales personajes tan surcados por todos los rechazos. Y de ahí a comenzar a comprender lo que ocurre en ciudades como el Medellín actual no hay sino un paso.

Una reflexión a la vez triste y afortunada se me ha impuesto tras esta lectura. Sus libros son viajes a los infiernos. Vallejo, un Milton moderno, no ha sido prohibido simplemente porque en Colombia la literatura no es importante sino un arte menor que no alcanza a ser oficialmente subversivo.

En *Años de indulgencia* el "canta, oh musa" se convierte por arte de birlibirlique en una invocación de bruja, no muy inesperada, y en un apretado catálogo de demonología que recuerda los espaciosos cortejos del diablo de Germán Espinosa, anunciando quizá desde el comienzo un burlesco culto satánico, aberración

que constituye hoy la última moda. Apelando al procedimiento preconizado por Albert Roussel, que consiste en contrastar palabras con sonidos similares pero con significados distintos, con algo de titiritero y mucho de culebrero, Vallejo no puede ser en modo alguno catalogado como un escritor de la línea "paisa", de esa que hoy encabeza un Manuel Mejía Vallejo y que sólo ha sido grande con un Tomás Carrasquilla, y que no es sino un eslabón más de esa nuestra literatura provinciana, así catalogada no porque trate temas de provincia sino por su falta absoluta de universalidad, de visión totalizadora de las cosas.

Aquí el pesimismo se ha hecho literatura, como en Céline: "Pobre niña ciega, Colombia, paloma. Ya tus ríos se secaron, tus montañas se desmoronaron, tus volcanes se apagaron y no queda a quien matar", dice por ahí, para agregar hacia el final: "Yo no soy el fracasado, la fracasada es Colombia. Yo no soy el asesino, la asesina es Colombia". ¿Es Vallejo un escritor subversivo? Su propia respuesta es simple y suficiente: "Subversiva es la realidad".

Pero en el fondo de todo este fárrago se descubre una impotencia latente: la imposibilidad esencial de captar la realidad, porque "todo es según la venda de los ojos que miran", como a menudo repite, desesperanzadamente. La vida, para Vallejo, es un viaje de ácido, y el hombre, fundamentalmente, un error chambón de quien lo haya hecho.

En esta obra, el personaje puede ser la Nueva York de Jackson Heights, esa Colombia exiliada y pervertida, la aniquilación del individuo, la termitera, en donde el metro es apenas un camino más a la alucinación, por donde transcurren escurridizas las manías y fobias del escritor, fobias contra los negros, "esos tizones susceptibles", contra los puertorriqueños, contra las cosas sagradas, contra Octavio Paz, compendio del éxito, de la aceptación social, del non plus ultra y de todos los odios reprimidos, hasta caer en los pozos sin fondo del denuesto vargasvilescos contra todos los políticos y personajes imaginables.

El Amazonas River Aquarium contempla a nuestro autor rumiando resentimiento de cineasta incomprendido y exiliado a fuer de censurado. El que hace cine en Colombia, en su opinión, es un sujeto "peor que un marido borracho y mujeriego y calavera", y el cine es un pretexto para hacer tangencialmente crónicas de la mendicidad bogotana, de una Bogotá de fines de los sesenta, con el papa Pablo VI a bordo.

Lo importante finalmente es que Vallejo es un espléndido narrador. Su escritura es pirotecnia verbal y a la vez maroma de la imaginación. Es un gran baúl donde hay de todo; todo lo pasa por una criba, lo convierte, lo desmenuza, lo revierte, lo fulmina, lo aniquila. A veces derrocha metáforas o símiles ingeniosos. En otras ocasiones es sardónico: "Escapado de la trampa de los fantasmas, respiro esta dulce mañana, por este parque, a pulmón pleno, el smog. ¡Qué delicia! ¡Qué delirio! ¡Qué embriaguez!".

Hay, a lo largo de estas páginas mucha vida, plenitud de vida. Nos queda el sabor de que la vida en la calle algo enseña; así sea al odio. La orgía viene a ser el símbolo de esa búsqueda infinita, que ningún ser humano ha finalizado aún: "Y en pos de la belleza, la escurridiza belleza, ahí vamos, mi hermano y yo, al remolino, a buscarlos...", exiliados entre los exiliados, proscritos de los proscritos, parias de los parias, limpiadores de basura en edificios donde viven las lacras y basuras de la sociedad, estiércol humano que aún aspira a capturar la inasible belleza en donde sea, así sea en el infierno, no el del más allá, sino el del más acá.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## El oficio de dar forma a una vida

El recuerdo y el silencio  
Javier Escobar Isaza  
Plaza y Janés, Bogotá, 1989, 226 págs.

La novedad como forma novelística, en *El recuerdo y el silencio*, reside en